

Doctorado Honoris Causa a Edward Said (p.m.) y Mariam Cortas de Said

Discurso de apertura del rector de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Aníbal Jozami.

Edward Said. Qué difícil nos resulta, ante la presencia de Mariam Said y en el recuerdo un palestino que es sin duda uno de los más brillantes intelectuales del siglo XX, poder hablar tomando distancia de la triste realidad que acosa en estos días a ese pueblo.

Qué difícil se nos hace poder borrar de nuestros ojos humedecidos las imágenes de los niños masacrados, de la destrucción y del dolor.

Pero hacerlo, logrando desplazar estas escenas por unos instantes es, no sólo porque deseamos cumplir con nuestra función institucional sino también porque consideramos que, desde lo académico y como intelectuales, estas palabras pueden ser un homenaje no sólo a quienes hoy honraremos con el Honoris Causa, sino también a estos niños palestinos así como al pensamiento progresista de la nación judía, a la que respetamos y admiramos por su trayectoria de siglos que hoy está siendo traicionada y desviada de su camino por quienes desde la religiosidad fanática, representan la negación de aquellos valores.

Deseamos además que este homenaje al trabajo de tantos años de Edward Said, Daniel Barenboim y Mariam Cortas de Said llegue también a las comunidades árabe y judía de nuestro país, que sin necesitar probar su hermandad e identificación lo hicieron una vez más al juntar sus sangres en los antros de tortura de la dictadura militar.

Habría infinitos motivos para que una universidad como la UNTREF, consustancial con los ideales de paz, justicia y memoria distinga a Edward Said y Mariam Cortas de Said, como Doctores Honoris Causa, como lo hizo en su momento con Daniel Barenboim.

Permítanme recordar aquí algunas de nuestras razones:

Estamos comprometidos con una educación que, más allá de formar especialistas en diversas disciplinas, contribuya en el desarrollo de mujeres y hombres que, desde su práctica profesional e intelectual, estén comprometidos con su tiempo y su gente. Eso que en palabras de Edward Said nos lleva a afirmar que "el intelectual tiene una misión moral, decir la verdad, por más incómodo que fuera, criticar los sistemas de dominación estructural y trabajar por un futuro moral para la humanidad" ya que, prosiguiendo con otro párrafo de Said: "la política es omnipresente; no hay huida posible a los reinos del arte y del pensamiento puros o, si se nos permite decirlo, al reino de la objetividad desinteresada o de la teoría trascendental. Los intelectuales son de su tiempo, caminan vigilados por la política de masas de representaciones encarnadas por la industria de la información o los medios y únicamente están en condiciones de ofrecer resistencia a dichas representaciones poniendo en tela de juicio las imágenes, los discursos oficiales y las justificaciones del poder vehiculizadas por los medios cada vez más poderosos ofreciendo lo que Wright Mills denomina

visiones desenmascaradoras o alternativas en las que, por todos los medios a su alcance, el intelectual trata de decir la verdad." Tarea que obviamente no es sencilla, pero no por eso hemos de renunciar a ella.

Si la política es indisociable de la cultura o de la práctica del intelectual, quienes hoy homenajeamos lo han demostrado y lo demuestran en sus intervenciones cotidianas, no sólo con la excelencia de sus respectivos trabajos sino con los modos constantes e implacables con los que hacen oír su voz.

Edward Said, como sabemos ha sido autor de una obra extensa que transitará cuestiones de literatura comparada para avanzar sobre otros territorios más vastos de la cultura, entre ellos la música, además de la política.

En este sentido, y como parte de algunas de las razones de este homenaje, deseo aquí exponer brevemente el concepto de cultura que atraviesa su trabajo y la postura que fue estructurando frente a las políticas de la diferencia y la otredad pensadas como distancia cultural entre Oriente y Occidente.

Pensando las relaciones culturales desde una teoría política, Said ha desplegado un estudio de la cultura teniendo en cuenta las desiguales relaciones de poder. Haciendo centro en las desigualdades, y pensando la historia de la cultura como "la historia de préstamos culturales", afirma hacia 1996 que "las culturas no son impermeables; así como la ciencia occidental tomó cosas de los árabes, ellos las tomaron de los indios y de los griegos. La cultura no es nunca cuestión de propiedad, de tomar y prestar con garantías y avals, sino más bien de apropiaciones, experiencias comunes, e interdependencias de toda clase entre diferentes culturas." Este concepto es el que reivindicamos a la hora de diseñar el área de diversidad cultural dentro de nuestra universidad, así como también es la noción de cultura que reside en la base de las múltiples actividades que desarrollamos en esta área.

Así mismo, y volviendo a Said, y con él también a Barenboim, esta concepción de la cultura: móvil, de apropiaciones e interdependencias, de convergencias y divergencias, emerge de la realidad de quienes habitan entre varios mundos o al menos "entre dos mundos", como se definió Said en su autobiografía. "A veces me daba cuenta de que me había convertido en una criatura peculiar para muchos, incluso algunos amigos, que suponían que ser palestino equivalía a ser algo mítico como el unicornio o una variante desahuciada del ser humano". Y agrega pensando en su formación: "Aunque me enseñaron a creer y pensar como alumno inglés, también me enseñaron a comprender que era extranjero, un Otro no europeo, educado por mis superiores a entender mi condición y no aspirar a ser británico".

Esta sensación de "otredad" es la que desde la experiencia diversa de Barenboim lo lleva a afirmar en estos días que: "Argentina es el único país del mundo donde uno puede ser polaco, judío, todo lo que sea y ser argentino, y no hay una contradicción".

Esta doble perspectiva experimentada por Said y Barenboim, la del señalamiento de la distancia cultural en el primero y la de la integración para el segundo, es la que condujo a la formación de la Fundación Barenboim-Said y a la de la orquesta West-Eastern Divan. En este sentido, recuerda Barenboim: "empezamos con todo el proyecto de la orquesta, no me di cuenta de la conexión entre la orquesta y lo que había aprendido subconscientemente en Argentina. No creo que hubiera podido dar el paso y crear este proyecto con mi amigo (Edward Said) si no hubiese tenido la preparación psicológica para hacerlo". Y esa preparación es la que le dio el modo de integración plural y dispar

que se da en la Argentina. Por eso, agreguemos ahora la voz de Mariam Said la razón de la orquesta y la de su activismo “es –dice Mariam- el humanismo en que mi marido creía y el que hace a la resistencia misma. Este mensaje nos permite tener la fuerza posible para combatir las grandes injusticias que están sucediendo”.

El trabajo de Said ha demostrado de distintas formas que la idea de otredad es una construcción de occidente que con la consigna de lo “políticamente correcto” no ha hecho más que reforzar el prejuicio al promover la inclusión de los “diferentes”, algo así como un “cupó” de la diversidad, reclamando el pasaporte de quienes están considerados como “otros” al calor de un discurso de transculturalidad que es, en verdad, una búsqueda para la tranquilización de la conciencia occidental que no hace sino tratar como “menores de edad” a estas/nuestras/ culturas. Recordemos que esto es algo que se instaló y fue mudando (aunque permaneció y hasta se reforzó) a lo largo de los procesos coloniales e imperialistas iniciados en el siglo XV.

Edward Said hacia 1978 en *Orientalismo* y ya fuertemente implicado desde la guerra de los 6 días (1967) en la causa Palestina, y años más tarde en *Cultura e imperio* (1996) advierte y deconstruye la dicotomía Occidente – Oriente y analiza el tipo de relaciones culturales que esta dicotomía instala señalando la violencia del imperialismo en todas sus formas (económica, política, ideológica, cultural). Así la cultura aparece localizada en espacio y tiempo, y atravesada por la coyuntura histórica y las relaciones de poder que en cada caso se traban haciendo particular hincapié en las estructuras coloniales como constitutivas de sistemas de pensar y construir conocimiento de “nosotros” y los “otros”, incluso cuando el nosotros corresponda al lugar de la enunciación del “otro-no occidental” que convierte en “otro” al occidente.

Así, “la cultura -va a decir Said- es una especie de teatro en el cual se enfrentan distintas causas políticas e ideológicas. Lejos de constituir un plácido rincón de convivencia armónica, la cultura puede ser un auténtico campo de batalla en el que las causas se expongan a la luz del día y entren en liza unas con otras”.

Es ese “campo de batalla” que dialécticamente comprendió Said logrando distinguir lo europeo del eurocentrismo y a partir de esa distinción (que lo acerca a otros pensadores como Aimé Cesaire, por ejemplo) habilitó una vía de reflexión que dinamiza la lectura de las realidades político-culturales del presente y del pasado que es capaz de tener en cuenta no sólo las culturas originarias sino también el contacto cultural entre ellas y otras, incluidas las occidentales colonizadoras.

“En esto consiste la tragedia parcial de la resistencia: en que, hasta cierto punto, debe esforzarse por recobrar formas ya establecidas por la cultura del imperio o, al menos, infiltradas o influidas por él”, afirma Said advirtiendo con gran lucidez que las culturas no occidentales son, a esta altura de la historia, también un producto de occidente. Dirá Said en *Orientalismo*: “Oriente no es sólo el vecino inmediato de Europa, es también la región en la que Europa ha creado sus colonias más grandes, ricas y antiguas, es la fuente de sus civilizaciones y sus lenguas, su contrincante cultural y una de sus imágenes más profundas y repetidas de lo Otro”.

Con esta plataforma de pensamiento de la que sólo he dado algunas notas, Said militó desde distintos podios participando activa y públicamente de las polémicas contemporáneas de oriente más allá del sionismo y del nacionalismo palestino, posiblemente por su singular condición en tránsito entre el árabe, su idioma natal, el inglés, la lengua de su formación y su sitio académico;

entre su condición de Palestino, reivindicada más allá de su itinerancia por Egipto, Estados Unidos y otros tantos sitios.

Por estas razones y reivindicando una vez más ese lugar y esa representación de intelectual que nos legó Edward Said y a la que consagramos nuestra labor, deseo concluir con una última cita:

“Básicamente, dice Said, el intelectual, en el sentido que yo le doy a esta palabra no es ni un pacificador ni un fabricante de consenso, sino más bien alguien que ha apostado con todo su ser a favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar fórmulas fáciles, o clisés estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias de lo que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que éstos hacen. No se trata de negarse pasivamente, sino de la actitud positiva de querer afirmar eso mismo en público.

“No se trata de cuestionar siempre la política del gobierno, sino más bien de la vocación intelectual como actitud de constante vigilancia, como disposición permanente a no permitir que sean las medias verdades o las ideas comunmente aceptadas las que gobiernen el propio caminar. El hecho de que esto exige un realismo constante, una energía racional casi atlética y una complicada lucha para equilibrar los problemas del propio yo con las exigencias de publicar y manifestarse en la esfera pública es lo que convierte la vocación intelectual en un esfuerzo perenne, constitutivamente inacabado y necesariamente imperfecto. En cualquier caso, sus compensaciones y complejidades son, para mí al menos, de lo más estimulantes, aunque esta tarea no le haga a uno particularmente popular.”

Por todo esto en el año 2005 nuestra universidad otorgo el doctorado honoris causa a Daniel Barenboim, a posteriori su actitud nos reafirmó en la idea de lo acertado de esa decisión y su valiente actitud política en los últimos días lo vuelven a reafirmar.

Por todo lo expuesto también consideramos que era un honor para la universidad que Edward Said quien tanto luchó por la vida siguiese vivo en nuestro recuerdo, ya que su desaparición física hace más presente y vivo que nunca el legado de su pensamiento

Señora Mariam Cortas de Said le agradezco en nombre de esta universidad el habernos permitido designar a Edward Said como doctor honoris causa y por su inmensa tarea tanto a nivel intelectual en el ámbito de la diversidad cultural americano árabe como por su relevante trabajo en la Fundación Barenboim Said en mi carácter de rector de la Universidad Nacional de Tres de Febrero y de acuerdo a lo resuelto por nuestro consejo superior le otorgo el grado de doctora honoris causa de nuestra universidad.